CAPÍTULO X

El coronel Iturbide persigue á los independientes después de la derrota en las lomas de Santa María. — Los restos del ejército de Morelos se fortifican en la hacienda de Puruarán.—Sale Llano de Valladolid con todas sus tropas para atacar á los independientes.— El general Matamoros recibe el mando en jefe de las posiciones de Puruarán.—Batalla de este nombre y derrota de los insurgentes.—Matamoros cae prisionero.—Es conducido á Valladolid y fusilado el 3 de febrero de 1814 —Falsas afirmaciones de don Lucas Alamán.—Retírase Morelos sucesivamente á Coyuca y Ajuchitlán y nombra segundo en jefe á don Juan N. Rosains. — Descalabro que sufre éste en Chichihualco. — El Congreso nombra á Rayón comandante en jefe de las armas en Oaxaca, Puebla, Veracruz y Norte de la provincia de México. — Varias providencias del Congreso. — Esta corporación recibe con desagrado la noticia del nombramiento de Rosains para segundo de Morelos.— Dimisión que hace éste del poder ejecutivo. — El Congreso aumenta el número de representantes.— Diputados que formaron esa corporación después del aumento de vocales. — Nombra el Congreso intendentes y comandantes militares para varias provincias.— Marchan los miembros de esta corporación á Michoacán y se sitúan en Uruapám. — Rayón en las provincias del Oriente. — Expedición del coronel realista Alvarez contra Oaxaca. — Flojedad de los independientes que guarnecían esta ciudad — El canónigo Velasco. — La guarnición independiente abandona Oaxaca y se retira rumbo á Zongolica. — Disparatada intimación de lcoronel realista Alvarez. — Sus oficios á los cabildos eclesiástico y secular. — Su entrada en Oaxaca el 29 de marzo (1814). — Recibimiento solemne que le hacen los realistas. — Don José de San Martín y don José María Murguía. — El coronel realista Alvarez en Oaxaca. — Sangrientas ejecuciones que ordena. — Rivalidad entre Rayón y Rosains — El primero desconoce á este último en su calidad de jefe militar de las provincias de Oriente. — Rosains pasa á la provincia de Veracruz y se fortifica en las barrancas de Jamapa. — Hevia marcha contra Rayón, situado en Teotitlán. — Combates del 1 y 2 de abril en que son vencidos los independientes. — Rayón se sitúa en Zongolica. — Expedición de Hevia contra Rosains.— Entra el jefe realista en Huatusco y regresa á Orizaba.— Rayón se retira á Omealca y levanta fortificaciones. — La campaña en el Sur. — Prisión de don Miguel Bravo en Chila. — Es fusilado en Puebla el 15 de abril de 1814. — Morelos destruye las fortificaciones de Acapulco. — Llegada de Armijo á las inmediaciones de esta plaza y Morelos se retira á Tecpan. — Matanzas de los prisioneros españoles que ordena este jefe independiente. — Persigue Armijo inútilmente á Morelos. — Prisión y fusilamiento de don Ignacio Ayala, antiguo intendente de Tecpan. — Armijo pone cerco á las posiciones fortificadas del Veladero. — Los realistas atacan y toman el fortín de San Cristóbal. — Galeana abandona sus posiciones la noche del 5 de mayo (1814). — Osorno ataca á Tulancingo en febrero y es rechazado. — Campaña en la Mixteca. — Acción del *Cerro Encantado* y derrota del realista Obeso (29 de abril de 1814) — Don Ramón Rayón se refugia en la Sierra de Zitácuaro después de la derrota de Puruarán.— Ferocidad del coronel don José Antonio Andrade. — Extrema crueldad de otros jefes realistas. — Don Agustín de Iturbide se distingue entre todos. — Sangriento período de la guerra de independencia.

Después de la derrota de los independientes en las lomas de Santa María, una inmensa corriente de fugitivos, de oficiales separados de sus tropas, de caballos sin jinetes, de trenes y carros faltos de conductores, pasando por los caminos y á través de las alegres sementeras, se dirigió hacia el suroeste de Valladolid, dejando en su huída muertos, heridos y despojos de todo género. Morelos, arrastrado por aquel torrente, esperaba hallar una posición ventajosa para tentar el último esfuerzo y resistir á los realistas que le seguían de cerca. Estos, en efecto, divididos en dos columnas al mando del coronel don Agustín de Iturbide, persiguieron á los fugitivos hasta el pueblo de Atécuaro, tomando en su marcha gran número de municiones y pertrechos y fusilando sin compasión á los prisioneros que cayeron en sus manos.

Morelos se detuvo en Chupio, donde logró reunir algunos dispersos, y prosiguió su marcha hasta la hacienda de Puruarán, punto situado á veintidós leguas de Valladolid, en la misma dirección del suroeste. Allí se le unieron don Ramón y don Rafael Rayón con las pocas tropas que les habían quedado después de los rudos descalabros que respectivamente acababan de sufrir en Jerécuaro y Santiaguito. Este refuerzo, y los dispersos que volvieron á las banderas de la independencia, formaban una división de tres mil hombres con veintitrés cañones. El generalísimo eligió la hacienda de Puruarán para resistir al enemigo, y ordenó al general Matamoros que se hiciese fuerte en ella, debiendo construir al efecto parapetos y obras de defensa.

Fué sin duda una grave falta militar la de Morelos al disponer que se hiciese frente en Puruarán á los victoriosos realistas. En vez de proseguir su marcha retrógrada y de esquivar por entonces todo encuentro hasta lograr que el ánimo de sus soldados hubiese recobrado la serenidad que el reciente descalabro les arrebataba, decidió aventurar nuevo choque forzándoles á combatir contra los que pocos días antes habían alcanzado tan señalado triunfo y que avanzaban en su seguimiento engreídos por su próspera fortuna. Los jefes del ejército independiente manifestaron al generalísimo los inconvenientes de presentar otra batalla, que irremisiblemente produciría un nuevo y pavoroso desastre, pero contra el sentir y la opinión unánimes reiteró su orden

de que se esperase allí al brigadier Llano. Dejando la dirección y el mando de las tropas al general Matamoros, se retiró con su escolta á la hacienda de Santa Lucía, distante algunas leguas de la de Puruarán.

Resuelto Llano á terminar la campaña con un golpe decisivo, salió de Valladolid con todo su ejército en la mañana del 30 de diciembre, siguiendo primeramente el rumbo de Tacámbaro, donde creía que se hallaban los independientes. Mejor informado, el 3 de enero (1814), enderezó su marcha hacia Puruarán acampando la noche

Hacienda de Puruarán donde fué hecho prisionero don Mariano Matamoros.—(Distrito de Tacámbaro del Estado de Michoacán)

del siguiente día en el *rancho* de los Hacheros, y á las once de la mañana del 5 se situaba á un cuarto de legua de las posiciones defendidas por el ilustre Matamoros. Este, aprovechando el poco tiempo de que pudo disponer, fortificó los edificios de la hacienda con troneras y algunos parapetos, y reforzó las cercas de piedra suelta que rodeaban á aquéllos; al lado opuesto del río, sobre el cual había un estrecho puente, colocó á las fuerzas procedentes de Zitácuaro que al mando de don Ramón y don Rafael Rayón, como antes dijimos, se habían incorporado á los insurgentes algunos días antes, y situó su artillería entre estas tropas y las que debían defender los parapetos avanzados.

Todavía algunas horas antes de que se avistase el cuerpo de ejército de Llano, el general don Ramón Rayón instaba á Matamoros á retirarse ó á elegir mejor posición para resistir á los realistas, pero este último, á pesar de convenir en todo lo que se le manifestaba, se encogía de hombros contestando con la gravedad digna de un antiguo romano, que á él sólo tocaba obedecer las órdenes que había recibido del generalísimo. Este, entretanto, se había alejado del que iba á ser campo de batalla: dijéronle sus consejeros que el alto cargo militar y el de jefe del gobierno que se reunían en su persona no le permitían exponerse en aquel choque decisivo, y él tuvo la debilidad de escucharlos, y separándose de sus valientes, les privó del prestigio de su presencia y de la eficacia de su ejemplo. «Sus aduladores, dice con este motivo el ilustre Bustamante, tanto hicieron y ponderaron la necesidad de que no se expusiese, que al fin recabaron su consentimiento y lo hicieron marchar á la hacienda de Santa Lucía, distante de allí seis leguas. ¡Tanto puede la adulación y tanto adormece á los hombres elevados á grandes puestos!»

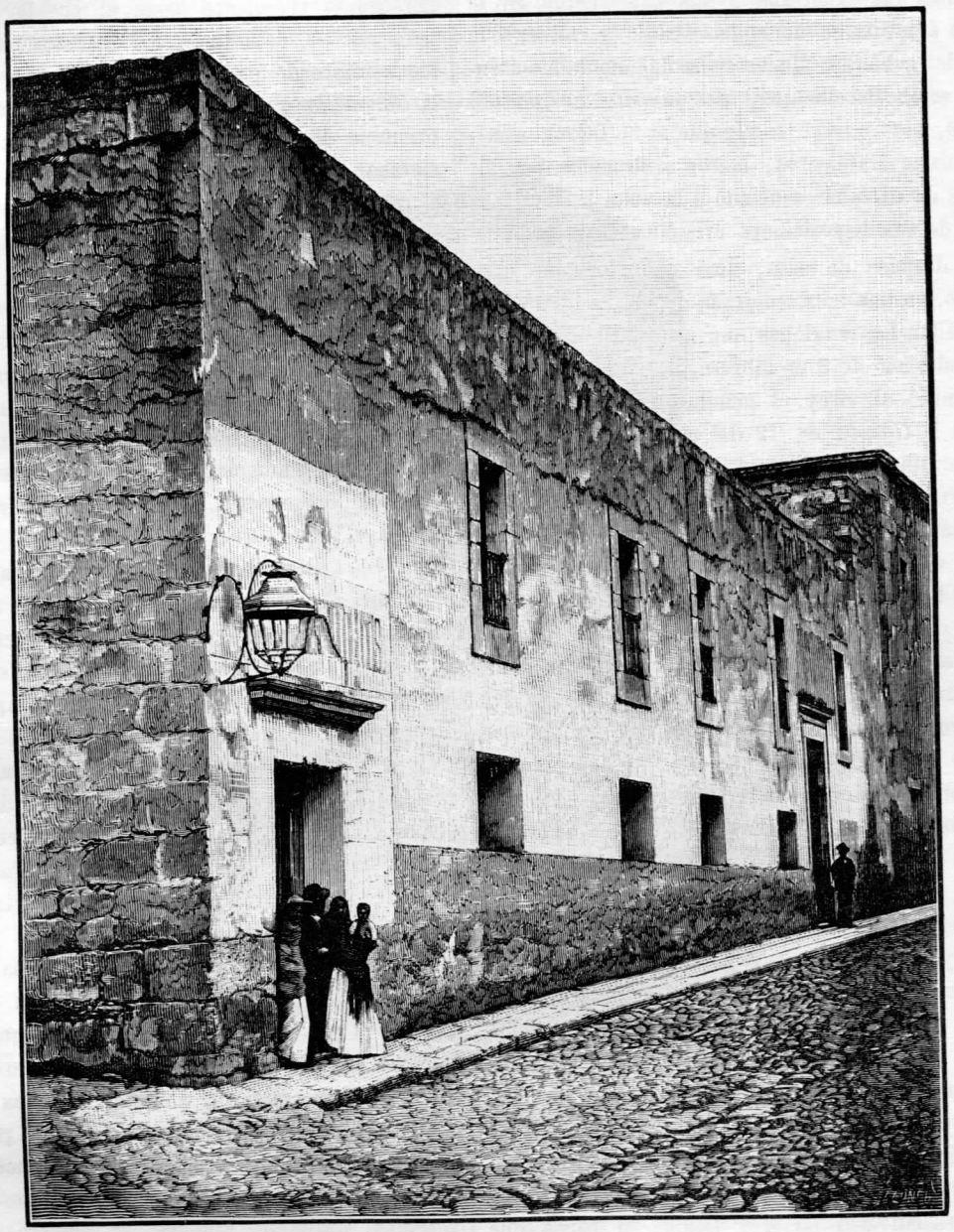
El general español, apenas llegó á la vista de Puruarán, destacó al mayor Claverino con un batallón del regimiento de *Nueva España* para que atacase por la izquierda á las partidas insurgentes que tenía noticia se hallaban emboscadas en esa dirección. El teniente coronel Orrantia, con el 2.° batallón de la Corona, el 3.° del fijo de México y trescientos caballos, recibió la orden de marchar de frente contra las posiciones de Matamoros, y el mismo Llano, desde una altura dominante, dirigía los fuegos de su artillería contra las improvisadas trincheras de la hacienda. Las balas de cañón al dar sobre los parapetos de piedra suelta causaban formidable estrago en los que estaban guarecidos tras de ellos, pues producían el efecto de la metralla al hacerla saltar. La acción, sin embargo, fué reñida y sangrienta. Dos veces fueron rechazadas las columnas de Orrantia, que volvieron á la carga una tercera, entrando entonces por los portillos que había abierto la artillería. Los independientes se precipitaron por el estrecho puente que estaba al lado de la hacienda, y á fuerza de denuedo lograron escapar seguidos de alguna caballería Galeana y don Nicolás Bravo. Los Rayones se alejaron también del campo de batalla después de combatir con valor y de rechazar varias veces los asaltos de un regimiento de caballería realista.

Grandes fueron las pérdidas de los independientes en el desastre de Puruarán: toda su artillería, mil fusiles y una inmensa cantidad de parque y municiones quedaron en poder de los vencedores; tanto en la acción como en el alcance que Iturbide siguió hasta dos leguas de distancia fueron muertos unos seiscientos hombres y se hicieron setecientos prisioneros, y entre éstos diez y ocho oficiales, que fueron fusilados sobre el mismo campo de batalla [1]. Pero la pérdida mayor para la causa de la independencia fué la del general Matamoros, que cayó prisionero al vadear el río. Fué su aprehensor un soldado del batallón de Frontera llamado Eusebio Rodríguez, quien recibió del gobierno vireinal un premio de doscientos pesos por tan importante captura.

La aprehensión de aquel esforzado caudillo de la

[1] La pérdida de los realistas, según el parte de Llano, consistió en *un oficial y cuatro soldados muertos y algunos heridos*. Excusado sería añadir que Alamán adopta este número, á todas luces falso.

independencia fué celebrada por el gobierno vireinal como una victoria mayor que la misma de Puruarán. Había sido el más diligente y experto de los tenientes de Morelos, y su nombre estaba unido al sitio de Cuautla, á la toma de Oaxaca y á los brillantes triunfos alcanzados en Tonalá y San Agustín del Palmar. Y si para los realistas fué su prisión sobrado motivo de júbilo, los independientes la deploraron como un desastre irreparable. Conducido á Pátzcuaro fué puesto á la expectación pública en la plaza de este lugar y tratado de la peor manera en todo el camino hasta llegar á Valladolid [1]. Desde Coyuca propuso Morelos al virey, por medio de un



VALLADOLID (hoy Morelia).—Cárcel clerical en donde estuvo preso el general Matamoros

español, á quien dió libertad, el canje de Matamoros por doscientos prisioneros del batallón de Asturias y de otros cuerpos expedicionarios que tenía en diversos pueblos del Sur. Pero esta proposición, que de seguro hubiera sido desestimada por Calleja, la recibió éste en México dos días después del fusilamiento de Matamoros, que se efectuó en Valladolid el 3 de febrero de 1814 [1]. Después de su muerte, el bando enemigo de la independencia de México quiso infamar su memoria haciéndole apare-

[1] El lugar de la ejecución fué en el centro del portal (parte exterior) que forma uno de los lados de la plaza de los Mártires de Morelia (antigua Valladolid) y que ve al Oriente. En ese mismo sitio está incrustada una lápida de mármol que contiene una inscripción consagrada por la Junta patriótica de 1860 á la memoria del valiente Matamoros.

[1] BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo II, pág 423. Alamán nada dice de esta indignidad y refiere en unos cuantos renglones el término del ilustre Matamoros.

cer arrepentido del participio que había tomado en la revolución. Alamán, el incansable deturpador de los fundadores de la independencia, dice con tal motivo lo siguiente: «En la declaración que se publicó en su nombre, hecha ante el provisor don Francisco de la Concha, reconoció Matamoros sus errores y pidió perdón á las autoridades política y eclesiástica, dirigiendo al brigadier Llano una proclama en la que exhortaba á sus compañeros en la insurrección á apartarse de aquel partido y volver á la obediencia del gobierno. Mucho se ha dudado de la autenticidad de estos documentos, *de que no he podido cerciorarme; mas parece cierto* que si no fueron escritos por el mismo Matamoros, fueron sí firmados por él, lo que no es de extrañar teniendo á la vista la muerte y ocupándose de sus disposiciones cristianas para la eternidad.» Y después de esto, dice el historiador que hemos citado, en una nota colocada al pié de la página en que se hallan los renglones que acabamos de copiar: «Llano, en el oficio de 3 de febrero, día de la ejecución, con que remitió al virey el manifiesto de Matamoros, publicado en la *Gaceta* de 12 del mismo mes, dice que lo manda original, lo que no habría hecho si fuese supuesto; *sin embargo*, habiéndolo buscado en el Archivo general, *no se ha encontrado*. Por el estilo pedante de ese documento, parece cosa que escribió algún otro y la firmó Matamoros, porque no escribe así quien va á morir dentro de media hora [1].» Como se ve, Alamán *no pudo cerciorarse* de la autenticidad de los documentos atribuídos á Matamoros, y *no encontró* en los archivos el manifiesto que publicó la *Gaceta*, pero todo esto no le impide afirmar que el jefe independiente antes de morir reconoció sus errores y pidió perdón á las autoridades política y eclesiástica.

Después del desastre de Puruarán salió Morelos de Santa Lucía acompañado de ciento cincuenta hombres de su escolta, retirándose á Coyuca, desde cuyo lugar, hemos dicho ya, envió al virey un emisario proponiéndole la restitución de doscientos prisioneros españoles en cambio de la vida de Matamoros. Pasó luego á Ajuchitlán, en la margen derecha del Mexcala, habiendo reunido en su tránsito hasta mil hombres de los dispersos en las rotas de Valladolid y Puruarán. En ese punto nombró segundo en jefe á don Juan N. Rosains, lo cual disgustó grandemente á los oficiales que, como Galeana, merecían con mejores títulos el cargo que había ejercido con tanta honra el malogrado Matamoros. No se hicieron esperar las fatales consecuencias de este nuevo error: situado Rosains en Chichihualco con las tropas más organizadas de las que seguían á Morelos, fué atacado rudamente el 19 de febrero por el teniente coronel Armijo, quien pocos días antes había derrotado en el pueblo de Mexcala á don Víctor Bravo; desbandáronse los independientes en todas direcciones, y el mismo Rosains escapó á duras penas de la muerte. Cinco días después del encuentro en Chichihualco, Armijo, que perseguía á los fugitivos, logró apoderarse de un valioso cargamento que contenía los archivos, parte de los equipajes y el resto del brillante tren perteneciente al ejército cuando marchó á la conquista de Valladolid. Morelos estuvo á punto de caer en manos de los realistas; fué perseguido vivamente hasta el pueblo de Huehuetlán, pero allí se detuvieron los realistas sabiendo que se había internado en la Sierra, y pasando por el cerro de la *Coronilla* siguió hasta Acapulco, donde llegó en los primeros días de marzo. Pudo, sin embargo, antes de marchar en esa dirección, tratar de algunos importantes asuntos con los diputados en el pueblo de Tlacotepec.

Los miembros del Congreso de Chilpancingo, apenas supieron el desastre sufrido en Puruarán por las armas de la independencia, confirieron á Rayón el mando militar de las provincias de Oaxaca, Veracruz, Puebla y la parte septentrional de la de México, según unos, cediendo á las exigencias de aquel distinguido general, que pidió á sus colegas con imperio un mando de importancia, y según otros, deseosos de alejarle de su lado temiendo los excesos á que pudiese llevarle su ambición [1]. Púsose Rayón en camino el 18 de enero, con dirección á Oaxaca, llevando en su compañía al canónigo don José de San Martín en calidad de vicario general castrense. Atravesó parte de la Mixteca, y el 29 de aquel mes llegó á Huajuapám, donde ordenó al teniente coronel don Manuel de Mier y Terán, apostado allí por disposición de Morelos, que organizase con la mayor actividad un cuerpo de infantería para cubrir por aquel rumbo la frontera de la provincia. Otra de sus primeras disposiciones fué mandar fusilar al teniente Ablanedo y á otros tres individuos que hizo prisioneros.

Urgía que los diputados adoptasen vigorosas providencias ante el peligro que amenazaba á la causa de la independencia, y aunque ellos mismos habían revestido á Morelos del poder ejecutivo en toda su extensión, los últimos desastres y la ignorancia en que se hallaron durante algunos días respecto del paradero del generalísimo, les determinaron á dictar medidas de gobierno, indispensables para la defensa, y aun para su misma seguridad personal. Tlasladáronse al pueblo de Tlacotepec, donde el 29 de enero volvieron á abrir sus sesiones, quedando reducido el número de vocales á cinco, que lo eran el doctor Berdusco, Liceaga, Quintana, Herrera y el doctor Cos, pues los diputados Crespo y Bustamante se habían separado algunos días antes para marchar á Oaxaca en pos de Rayón. «No

[1] ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo IV, pág. 15, edición de 1850.

[1] El *Diario* del secretario de Rayón afirma que el Congreso nombró á éste para que acudiese á la defensa de la provincia de Oaxaca y sus limítrofes, y Rosains, en su *Justa repulsa*, dice que aquel general se presentó al Congreso al saber la derrota de Morelos, manifestando que ninguna fuerza humana lo contendría para volver al servicio activo, y que entonces la Corporación lo destinó á Oaxaca, donde sin conexiones ni aduladores pudiese dar menos vuelo á sus miras ambiciosas.

por haber mudado de lugar, dice Alamán, mejoró mucho la posición del Congreso: no contaba para su defensa más que con cuatrocientos hombres que tenía á sus órdenes el teniente coronel don Vicente Guerrero, y sus recursos se reducían á diez mil y pico de pesos en moneda de cobre que el tesorero Berazaluce sacó de Chilpancingo y tuvo que dejar en el camino por falta de mulas en que conducirlos, treinta y seis resmas de papel y el maíz del diezmo que estaba en Chilpancingo, que, aunque se mandó hacer con él *totopo*, no había gente para ello, pues toda había huído á los montes. El Congreso mandó que volviesen á su seno los diputados Crespo y Bustamante, negó á Berdusco el permiso que pidió para retirarse á vivir privadamente en su provincia de Michoacán, aunque ofrecía seguir haciendo sus esfuerzos en favor de la causa que defendía; mandó formar proceso al brigadier independiente don Tomás Baltierra Salmerón por las maldades que había cometido en el *Bajío*, y declaró que las sesiones se tuviesen con los diputados que pudiesen concurrir, aunque no llegasen á los cinco que el reglamento prescribía.»

No recibió bien el Congreso la noticia que le comunicó Morelos de haber nombrado su segundo al abogado Rosains, y la derrota sufrida por este último en Chichihualco vino á demostrar que era fundada la repugnancia con que se vió esa providencia del generalísimo. La desgracia eclipsa fácilmente los anteriores y brillantes hechos de los hombres públicos, pero preciso es confesar que la actitud fría y hasta severa que asumió entonces el Congreso respecto de Morelos estaba justificada por la serie de errores que cometió en aquella época el ilustre defensor de la independencia. Los diputados, no obstante haber recibido su investidura del mismo generalísimo, creyeron llegado el momento de retirarle las amplias facultades políticas que le habían otorgado, pero vacilaban en anunciárselo. Durante la corta permanencia del caudillo en Tlacotepec, el diputado Herrera se insinuó sobre el particular con Rosains, quien prometió influir para que aquél presentase su dimisión. Ninguna dificultad opuso éste, y antes bien, dirigió al Congreso un escrito en el que ofrecía servir á la patria como soldado. Entró, pues, el Congreso á ejercer el poder ejecutivo, y confió á Morelos la misión de desmantelar el castillo de Acapulco, y ya hemos visto que ese general se puso en marcha hacia el rumbo de sus primeras victorias.

Doctor don José Sixto Berdusco

Las ventajas alcanzadas por Armijo en Chichihualco y en las Animas [1], y que señaló este jefe con sangrientas ejecuciones, obligaron al Congreso á buscar asilo en Ajuchitlán, pero antes de abandonar á Tlacotepec resolvió aumentar el número de los vocales, nombrando la misma corporación á los diputados de las provincias que hasta entonces no habían estado representadas. En virtud de este nombramiento, á todas luces irregular, y que sólo debe estimarse como expresión del deseo de vigorizar el centro directivo de la revolución, quedó compuesto entonces el Congreso de la manera siguiente: don José María Liceaga, diputado por Guanajuato; don Carlos M. de Bustamante, por México; don Ignacio López Rayón, por Nueva Galicia; doctor don José Sixto Berdusco, por Michoacán; don José María Morelos, por Nuevo León; doctor don José María Cos, por Zacatecas; don Manuel Sabino Crespo, por Oaxaca; don José Manuel de Herrera, por Tecpan; don Manuel Alderete y Soria, por Querétaro; don Andrés Quintana, por Yucatán; don Cornelio Ortiz de Zárate, por Tlaxcala; don José Sotero Castañeda, por Durango; don José María Ponce de León, por Sonora; don Francisco de Argándar, por San Luis Potosí; don Antonio de Sesma, por Puebla, y don José de San Martín, sin designación de provincia. También nombró el Congreso intendentes para varias provincias, y comandantes generales á Rayón para Tecpan y Oaxaca; á Cos para Michoacán y Guanajuato, y á Rosains para Puebla y Veracruz [2], sin recordar quizás que al primero de estos jefes había dado pocos días antes el mando militar de estas dos últimas, olvido ó trama incomprensible que había de producir á poco abierta rivalidad entre el antiguo presidente de la Junta de Zitácuaro y el inquieto secretario de Morelos. Después de haber dictado estas disposiciones el Congreso se internó por la *tierra caliente* y se situó en Uruapám, decididos los miembros que lo formaban á discutir una constitución provisional.

Antes de referir la expedición de Morelos á Acapulco y las muchas vicisitudes que sufrieron los diputados en sus fatigosas peregrinaciones, tócanos seguir á Rayón en el vasto distrito militar que se le había confiado. Sin elementos de ningún género y sin prestigio en una comarca para él desconocida, halló el infatigable jefe independiente tropiezos infinitos para organizar la defensa de la provincia oaxaqueña. Apenas tuvo tiempo de levantar un cuerpo de infantería en Huajuapám, en cuya empresa le ayudó eficazmente don Manuel de Mier y Terán, y de concentrar algunas tropas al mando del coronel don Benito Rocha, retirándose con todas esas fuerzas á Tehuacán, pues tuvo noticia de que una fuerte división realista se movía con dirección á Oaxaca.

Así era en efecto. Libre Calleja del cuidado en que le había puesto el avance de Morelos hacia Valladolid, dedicó sus esfuerzos á disponer una expedición que reconquistase á Oaxaca, perdida para las armas, y la obediencia del gobierno vireinal desde noviembre de 1812. Escogió á Tepeaca para punto de reunión, y en pocos días logró concentrar allí al batallón de Saboya mandado por el coronel don Melchor Alvarez y á otras fuerzas procedentes de Puebla y de las divisiones que operaban en el Sur. Dos mil hombres de todas armas á las órdenes de ese coronel [1], seguidos de una sección de infantería al mando del de igual graduación don Francisco Hevia, se movieron de Tepeaca en los primeros días de marzo (1814) y marcharon hacia Huajuapám, donde creían hallar una obstinada resistencia. Para apoyar esta expedición, el comandante militar de la Costa de Sotavento, don Juan Bautista Topete, había enviado al capitán Vallecillo á ocupar el pueblo de Tuxtepec, perteneciente á la provincia de Oaxaca y situado cerca de los límites entre ésta y. la de Veracruz; otro oficial llamado Murillo, también subordinado á Topete, tomó á Villa Alta, aprehendiendo y fusilando al comandante Flores; Dambrini, á quien hemos visto derrotado por el valiente Matamoros en abril de 1813, había llegado á Tehuantepec al frente de algunas tropas sacadas de la capitanía general de Guatemala, y Reguera, enseñoreado de la *Costa chica*, se había extendido hasta la *Mixteca baja*, amenazando por ese rumbo á las escasas tropas de la revolución.

Retirados los independientes á Tehuacán, entró sin resistencia en Huajuapám la división realista, admirándose de que las obras de defensa construídas de antemano por sus contrarios no hubiesen sido aprovechadas en su daño. Hevia recibió orden de permanecer en aquel punto para observar los movimientos de Rayón, y Alvarez prosiguió su marcha, sin hallar tropiezos en el áspero y quebrado camino que conduce á Oaxaca.

En esta ciudad reinaba el mayor desconcierto y nada se hacía para resistir á los realistas. Por ausencia del coronel Rocha, incorporado á las tropas de Rayón, ejercía el mando el cura Moctezuma, hombre indolente «que vivía en la disipación del juego, dice el historiador

[1] En este lugar Armijo se apoderó, entre otros trofeos, de un retrato de Morelos pintado en Oaxaca y del uniforme de capitán general que ese caudillo usó en la ciudad que acabamos de nombrar. Esos objetos fueron enviados á España por el virey Calleja y hoy se hallan colocados en el Museo de Artillería de Madrid. Armijo mandó fusilar á treinta y ocho prisioneros que hizo en las Animas. Don Carlos Enríquez del Castillo, secretario del Congreso, también fué aprehendido y Armijo lo envió á México, pero la escolta que lo conducía lo fusiló al llegar á Tlalpam.

[2] Véase el nombramiento de Rosains expedido por el Congreso en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo V, pág. 317.

[1] «El brigadier don Ramón Díaz de Ortega, jefe militar de Puebla, debió haberse encargado del mando de esta expedición; ignoro por qué no lo hizo, y sólo me consta que se limitó á publicar una proclama en que recomienda el mayor *arreglo* y disciplina militar á la tropa. Nada de esto era necesario: se iba á *tiro hecho;* la trama estaba urdida de antemano y convenidos los mandarines de Oaxaca: sus ricos comerciantes todo lo habían proporcionado. Sin embargo, era necesario darle á este asunto todo el aire de una empresa tan ardua y difícil como lo fué el paso del Gránico ó la jornada de Arbela para Alejandro.» (*Cuadro histórico,* tomo III, pág. 32).

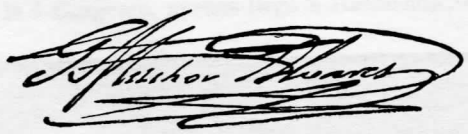
Bustamante, y que no hacía caso de nada;» á la sombra de tal jefe el canónigo Velasco, que tanto influyó en Chilpancingo para hacer que se declarase generalísimo á Morelos, se entregaba á todo género de excesos, y con inquieto y turbulento genio desorganizaba más y más el poco cimentado gobierno de la revolución. A tal grado llegaron los abusos cometidos por este hombre funesto, que los cabildos eclesiástico y secular enviaron á Rayón dos comisionados pidiéndole que lo apartase de Oaxaca. Mandó este general que se le arrestase, y encargó al canónigo San Martín que ejecutara la orden; resistióse Velasco á mano armada, produciendo grande alboroto con este motivo en la ciudad, pero apresado al fin fué enviado á Huajuapám, donde se hallaba entonces Rayón, escoltado por un oficial llamado Vilchis, quien, seducido por Velasco, le dejó escapar, y éste corrió al encuentro del coronel Alvarez acogiéndose al indulto.

No es de asombrarse que á favor de tanto desconcierto mantuviesen los realistas de Oaxaca frecuentes relaciones con el gobernador militar de Puebla y con el coronel Alvarez, informándoles menudamente de cuanto ocurría en la ciudad. Ni es maravilla, si á la flojedad y vicios de algunos jefes superiores añadimos el disgusto del pueblo por la circulación de moneda de cobre establecida por los insurgentes, que al aproximarse la división realista saliesen de la ciudad precipitadamente recibiendo insultos del pueblo bajo los que la guarnecían y que tan mal dirigidos se hallaban. Retirándose por San Juan del Rey, tomaron el camino de Zongolica, y fueron asaltados en Chiquihuitlán por Murillo y la sección de Tlacotalpam, dejando en poder de los vencedores veinticinco prisioneros que fueron pasados por las armas de orden del coronel Alvarez.

Avanzó este jefe hacia Oaxaca, y no obstante que sabía ya la marcha violenta de los independientes y que nadie pensaba en oponerle resistencia, dirigió una intimación al que quedó mandando, y le decía:

«Las armas invencibles del soberano más amado de todos los habidos en Europa, Fernando VII, rey de ambas Españas, marchan á mis órdenes para la reconquista de esta provincia: no he tenido la menor oposición á mi entrada: vuestros facciosos compañeros como Rayón y otros han huído aun antes de presentarse á nuestra vista: marchan fugitivos y errantes por los montes, entierran la artillería que ha caído en manos de una sección que envié á perseguirlos. Vuestro nominado generalísimo ha sido batido y derrotado, como vos no ignoráis, en todas cuantas acciones ha tenido. Ningún recurso os queda, más que el de entregaros á discreción; mas si tenaces en vuestro ridículo capricho tratáis de defenderos, vivid persuadidos que mis tropas son aguerridas, que seréis sumergidos: quizás cuando imploréis el perdón será tarde. La menor gota de sangre que se derrame en esa ciudad de mis tropas, correrán por ella arroyos vuestros: el menor insulto á cualquiera habitante lo castigaré con el último suplicio. Estáis amenazados por todos los puntos, no lo ignoráis: pensad con reflexión lo que hacéis. Aguarda vuestra contestación, teniendo el honor de saludaros.—El general en jefe, gobernador intendente de la provincia de Oaxaca [1].»

Siguieron á esta estrafalaria intimación un oficio dirigido al ayuntamiento y otro al cabildo eclesiástico, comenzando este último documento de la siguiente manera: «Escribo á V. S. al frente de una división de tropas invencibles de S. M. Fernando VII, que han confundido el orgullo de Napoleón; tropas que si fuera á contar sus victorias no habría guarismos; tropas que con sólo su nombre huyen los miserables insurgentes...» Todas estas amenazas se dirigían al cabildo, formado de



Facsímile de la firma del coronel realista don Melchor Alvarez

ardientes realistas y al viejo militar don Luis Ortiz de Zárate, decidido también por la causa del rey, y que al abandonar los independientes á Oaxaca había tomado el mando de algunos paisanos armados para conservar el orden. Excusado es decir que los cabildos y el teniente coronel Ortiz de Zárate contestaron á Alvarez que las tropas reales serían recibidas con aplausos, y aquéllos nombraron sendas comisiones que saliesen al encuentro del jefe de la expedición.

Efectuóse la entrada de Alvarez en Oaxaca el 29 de marzo (1814), recibiéndolo los dos cabildos en el puente de la Soledad, y también se presentaron algunas señoras, *descalzas y vestidas de blanco*, ofreciendo coronas de flores al coronel español y á sus oficiales, y vasos de aguardiente á los soldados [2]. Ruidosas demostraciones de júbilo hicieron los muchos españoles y partidarios de la dominación que había en la ciudad, y fueron tales, que el jefe de la expedición decía en su parte oficial: «que no se habría hecho más con el mismo soberano; que rebosaba la alegría en el semblante de todos; que sólo se escuchaban vivas y aclamaciones y se veían ramos, flores y *mixturas* tendidas por las calles, y que eran incesantes las voces de ¡viva el rey! ¡viva España! ¡viva nuestra amada patria! ¡vivan nuestros libertadores! ¡mueran los insurgentes [3]!» El canónigo San Martín, á quien hemos visto comisionado por Rayón para proceder á la aprehensión del inquieto Velasco, huyó de Oaxaca en compañía de los independientes, pero regresó á poco y salió con el cabildo eclesiástico al encuentro del coronel Alvarez; rasgo de gran flaqueza de ánimo apenas compensado por la dura prisión que sufrió más

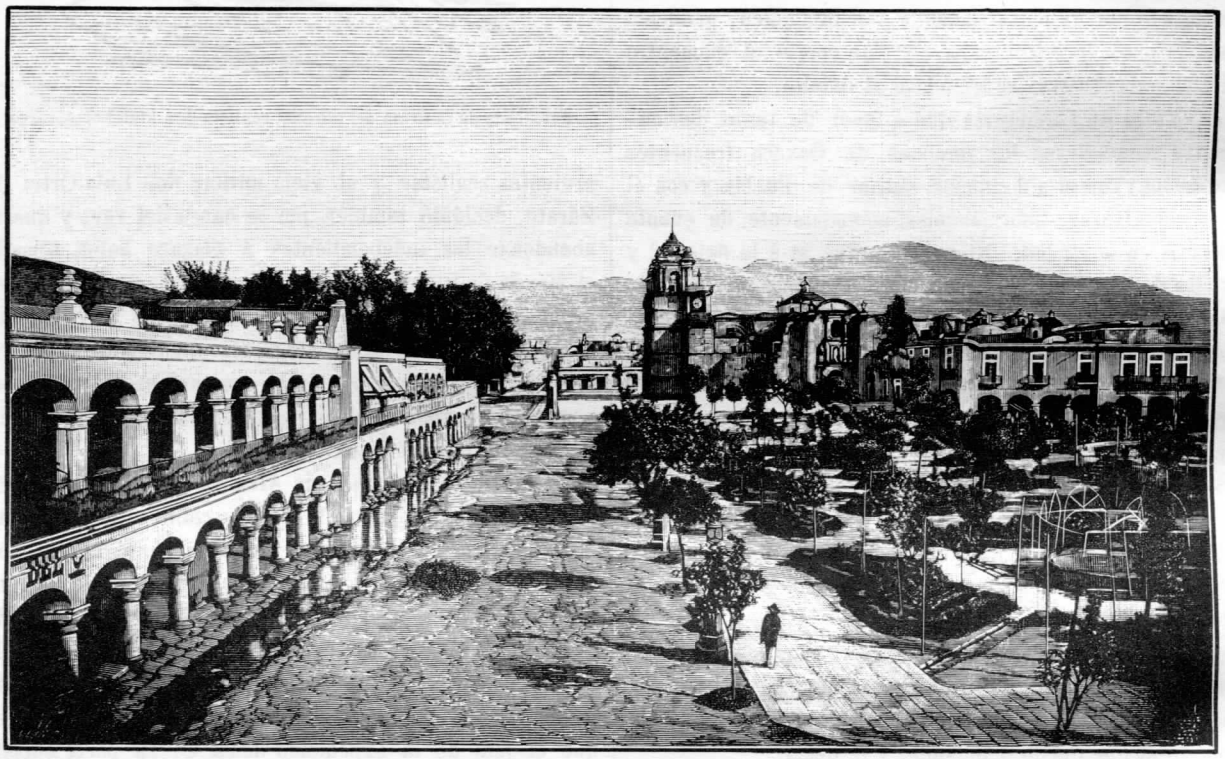
[1] Véase este ridículo documento en la *Colección* de J. E. Hernández Dávalos, tomo V, pág. 311.

[2] Véase lo que con punzante ironía refiere con este motivo Bustamante en su *Cuadro histórico*, tomo III, pág. 37.

[3] Véase el parte de Alvarez en el número de la *Gaceta* correspondiente al 16 de abril de 1814.

tarde en Guadalajara después de ser aprehendido en el fuerte de Jaujilla. También don José María Murguía, diputado en el Congreso de Chilpancingo, y que, como se recordará, había sido nombrado intendente por Morelos desde fines de 1812, se presentó á ofrecer sus respetos al jefe español, quien le devolvió el bastón de mando que le presentaba, diciéndole «que estaba en buenas manos y á satisfacción del gobierno vireinal.» Pero no correspondieron los hechos á esta frase halagadora, pues poco tiempo después fué enviado á México, donde se le declaró indigno de obtener empleo público, hasta que en Madrid se le absolvió, algunos años más tarde [1].

Alvarez inauguró su gobierno en la reconquistada Oaxaca con frecuentes ejecuciones, sucumbiendo entonces el alférez Aguilera, porque en su casa se encontraron ocultas las banderas de un cuerpo de milicias que Morelos había mandado levantar, y también murieron fusilados algunos indios que el cura Terrón, del pueblo de Pápalo, le envió en calidad de prisioneros acusándolos de haber empuñado las armas en defensa de la revolución [1]. Dambrini en Tehuantepec mandó fusilar á los que en su primera y desgraciada expedición le habían sido hostiles de alguna manera, y en ellos vengaba la afrenta de su vergonzosa derrota. Los negros que trajo de Omoa formaron la guardia de Alvarez, y éste, ensoberbecido hasta lo sumo, desplegaba un boato oriental, imitándole sus oficiales, que bien pronto escandalizaron con sus excesos de todo género aun á los que se mostraban más adictos á la causa del rey.



Oaxaca. — Portal del Señor

El historiador Alamán, tan propenso á ocultar las atrocidades de los realistas, truena indignado contra la crueldad del coronel Alvarez. «Concha en el valle de Toluca y Guizarnótegui en Celaya, dice aquel escritor, mandaron fusilar centenares de hombres, pero ellos tenían la convicción de que el crimen de rebelión era de tal naturaleza, que no podía haber en él parvedad, y que la muerte era el castigo justamente merecido por cualquiera falta á la fidelidad debida al soberano; en Alvarez, al contrario, no había opinión ninguna fija; su fe política variaba según las circunstancias, y mientras servía al poder existente, iba preparándose á declararse por el que había de seguirle, sin otra consideración que la de su interés. Esta fué la norma de toda su vida... La crueldad en tales hombres no es más que un cálculo de interés sobre la sangre humana, y por lo mismo el más odioso de los vicios en que puede incurrir un hombre público.»

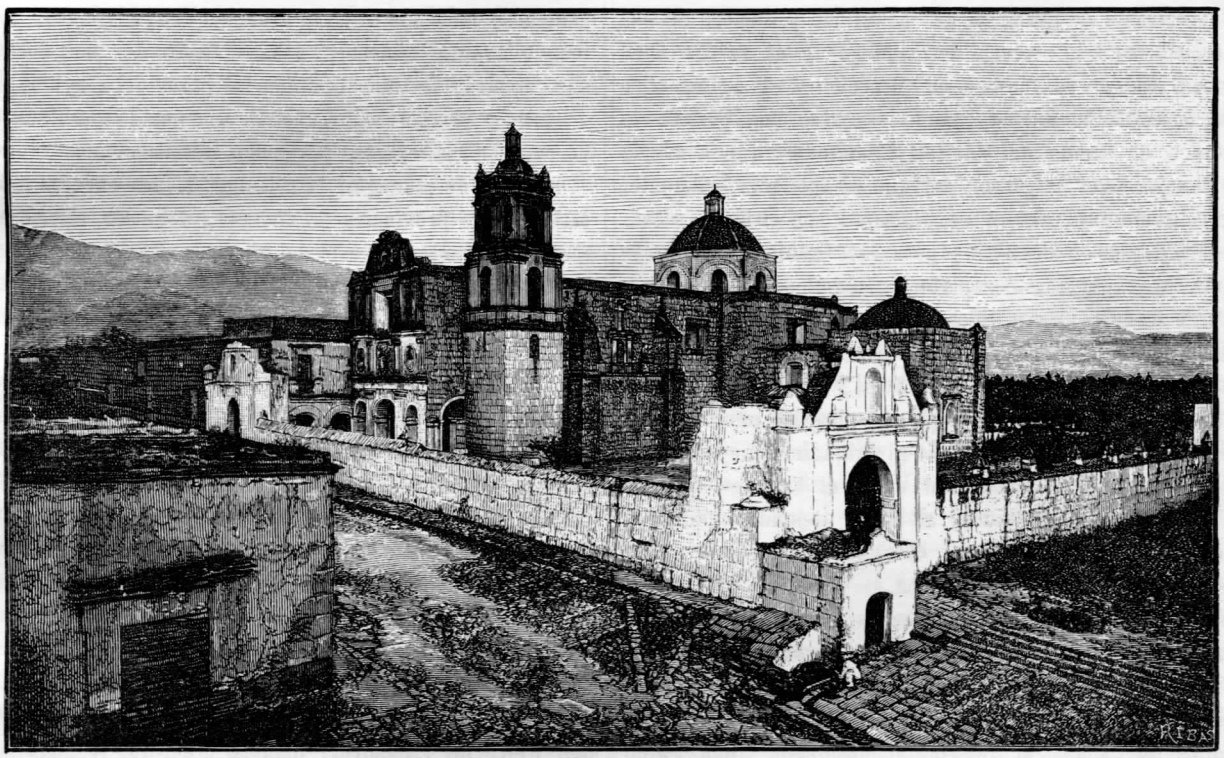
Así quedó entronizado en Oaxaca un pavoroso despotismo y se perdió la rica provincia que conquistaron

[1] «A poco de la llegada de Alvarez se le quitó el destino á Murguía, se le procesó, se le mandó á México á responder á varios cargos, y Bataller falló que *era indigno de obtener ninguno*, siendo preciso que la corte de Madrid le absolviese de todo cargo... Al segundo día de la entrada de Alvarez fué arrestado el canónigo San Martín y remitido á Puebla: algo más, fué multado en mil trescientos pesos...» — Bustamante. — *Cuadro histórico*, tomo III, pág. 38.

[1] Bustamante. — *Cuadro histórico*, tomo II, pág. 36. — Alamán. — *Historia de México*, tomo IV, pág. 58. — Alvarez comunicó al virey el fusilamiento de Aguilera en su parte fechado el 21 de abril de 1814.

las armas de Morelos con tanto valor en los últimos meses de 1812. Rayón, en su informe al Congreso de 6 de agosto de 1814, culpa de esta pérdida á la incapacidad de los tenientes de Rosains y á la desobediencia del general don Miguel Bravo, quien se negó á cumplir órdenes que no emanaran de Morelos en persona; acusa al mariscal don Juan Pablo Anaya y al canónigo Velasco de sembrar la discordia entre los independientes, y termina afirmando que los excesos de cuatro malvados precipitaron la caída de la ciudad y provincia de Oaxaca, haciendo que sus habitantes se adhiriesen á la causa del rey y llamasen al coronel Alvarez para que los librase de una odiosa dominación. El antiguo presidente de la Junta de Zitácuaro quizás exageraba la culpabilidad que atribuía á varios de los jefes independientes, pero la verdadera causa de haber sucumbido Oaxaca tan fácilmente debe hallarse en la desorganización intensa que produjo entre los defensores de México la serie de desastres que hubieron de sufrir después de la impremeditada empresa de Morelos contra los realistas de Valladolid.

Antes de que Oaxaca hubiera caído en poder de las armas vireinales, ya Rayón y Rosains ofrecían el triste espectáculo de sus particulares rencillas, debilitando así el vigor que debieran oponer al enemigo común. El segundo, provisto de los poderes que había recibido del Congreso, apenas llegó á Huamantla, en los últimos días



Convento del Carmen

de febrero, hizo saber al primero y á Pérez, intendente de Puebla nombrado por la misma corporación, cuál era el mando militar que se le señalaba, pero ambos personajes circularon órdenes para que no se le reconociese ni auxiliase, considerándolo como prófugo de la acción de Tlacotepec. Rayón se negó á asistir á una conferencia propuesta por su émulo, y se manifestó resuelto á sostener su autoridad, la cual hacía consistir más que en el nombramiento del Congreso en el título de «ministro de la nación» que había recibido de Hidalgo y Allende desde los últimos días de 1810, en el cargo de presidente de la Junta de Zitácuaro, que suponía existente, pues el mismo Congreso no era á sus ojos más que una ampliación de aquélla, y en su grado militar de capitán general, superior al de Rosains que había obtenido el de teniente general. La desacertada resolución del Congreso al conferir simultáneamente á dos jefes el mando político y militar de una misma comarca, produjo, como se ve, amarguísimos frutos. Rosains, después de las repulsas de Rayón, se dirigió á la provincia de Veracruz, donde se hizo reconocer como jefe superior por algunos comandantes de guerrillas, y se fortificó en las barrancas de Jamapa, que acababan de ser teatro de porfiados combates.

Estas formidables posiciones naturales habían servido, en el mes de enero de aquel año, al coronel independiente don Mariano Rincón para resistir los ataques del jefe realista Alvarez, quien antes de tomar el mando de la expedición contra Oaxaca se había situado en Orizaba. Desde esta villa destacó varias secciones que hostilizaron á los insurgentes fortificados en Jamapa, y el 20 del mes que hemos citado, él mismo, al frente de

todas sus tropas, desalojó á Rincón de sus posiciones, y marchando hasta Huatusco destruyó en esta población la fábrica de cañones que había establecido allí el jefe insurgente á costa de incansable actividad.

Desavenidos Rayón y Rosains, fácil es comprender que los realistas alcanzarían rápidas y notables ventajas en las provincias de Oriente. El coronel Hevia, á quien hemos dejado en Huajuapám separado de la división de Alvarez, cuando éste marchó contra Oaxaca, observaba al general Rayón que, después de ocupar á Tehuacán durante algunos días, se situó en Teotitlán del Camino, donde se le unieron casi todas las fuerzas que habían abandonado á Oaxaca. Informado Hevia en Tehuacán por algunos tránsfugas de que Rayón tenía una cantidad considerable de grana y de la calidad y número de sus tropas, resolvió atacarle desde luego, y el 1.° de abril movió todas sus fuerzas en dirección á Teotitlán. No había avanzado mucho cuando encontró una partida de Rayón al mando del capitán Buenbrazo, que conducía un cargamento de grana, del que se apoderó fácilmente. Prosiguió su marcha al día siguiente con el fin de alcanzar á Rayón en Teotitlán, pero éste había salido ya de este lugar, dejando al capitán francés Roca y á don Juan Pablo Anaya que sostuviesen su retirada. El mayor don José Santa Marina, destacado por Hevia, cargó sobre las posiciones defendidas por Roca, quien, después de resistir con denuedo, se replegó sobre los puntos fortificados que se habían confiado al brigadier Anaya. Este, á su vez, afrontó con gran valor al enemigo durante algún tiempo, retirándose al fin y dejando cuantiosos despojos en el campo, así como quince prisioneros que fueron inmediatamente fusilados.

Rayón, abandonado de muchos, se retiró precipitadamente á Zongolica, donde se le unió el presbítero Crespo, que huyó de Oaxaca cuando entró Alvarez en aquella ciudad. Pocos seguían al infatigable defensor de la independencia, distinguiéndose don Juan Pablo Anaya, don Carlos María de Bustamante, don Manuel y don Juan Mier y Terán y algunos otros jefes de menos importancia. Hevia marchó á Orizaba, como punto estratégico, desde el cual podía vigilar á Rayón, situado en Zongolica, y á Rosains que, como atrás dijimos, se había hecho fuerte en las barrancas de Jamapa.

Ni el peligro común ni la noble causa que defendían fueron bastantes á producir la unión entre estos dos jefes. Rayón permaneció todo el mes de abril en Zongolica, y Hevia, vacilante respecto del enemigo á que debiera atacar de preferencia, se decidió á sorprender á Rosains en los desfiladeros de Jamapa. Al efecto, marchó en los postreros días de abril con parte de sus tropas, y en vez de seguir el camino que conduce á las barrancas siguió el del Pedernal y cayó de improviso sobre Huatusco, obligando á los que defendían los desfiladeros á huir en distintas direcciones. El jefe español destruyó las comenzadas fortificaciones de Jamapa, y mandó arrojar á un profundo precipicio las dos piezas de artillería que allí encontró, hecho lo cual volvió á Orizaba; pero inmediatamente después de su regreso, Rosains, acompañado de Victoria, Torrens y el cura Correa, ocupó de nuevo á Huatusco, volvió á levantar reductos, y firme en su propósito de dominar militarmente en el rumbo oriental, destinó á don Martín Andrade y á don José María Arroyo al valle de San Andrés Chalchicomula; al padre Sánchez á Tehuacán y sus contornos, y á don Ramón Sesma á la Mixteca, con instrucciones de levantar nuevamente la bandera de la independencia.

Hevia dispuso salir en los primeros días de mayo contra Rayón que abandonó Zongolica retirándose á Omealca, hacienda situada á orillas del río Blanco. Allí mandó levantar trincheras y hacer desmontes para colocar sus cañones; fortificó también los pasos del *Coyol* y del *Peñón*, y se apercibió á resistir al enemigo que no tardó en presentarse ante las posiciones de Omealca.

Antes de proseguir la relación de los sucesos militares en las provincias de Oriente, debemos referir los que ocurrieron en el resto del vireinato durante los cuatro primeros meses de 1814. En medio del horrible desconcierto que produjeron las derrotas de Valladolid y Puruarán en la amplia zona del Sur, sosteníanse en ella algunos jefes independientes afrontando los desastres con estoica entereza. Uno de ellos, don Miguel Bravo, que por sus meritorios servicios había recibido el grado de mariscal de campo, se retiró al sur de Izúcar en el territorio de la provincia de Puebla, que confina con la quebrada y áspera Mixteca. Allí rechazó briosamente repetidos ataques de los realistas durante el mes de febrero, pero disminuídas sus tropas por las que confió á su hermano don Víctor y que fueron batidas en Chichihualco, hízose á poco muy difícil su posición, lejos de otras partidas independientes que pudiesen auxiliarle. Mandaba á los realistas de Izúcar don Félix de Lamadrid, hombre cruel que fusilaba sin misericordia á cuantos prisioneros caían en sus manos. Este jefe logró apoderarse de San Juan del Río, en la confluencia del Mixteca y del Atoyac, después de una reñida acción que sostuvo con Bravo el 15 de marzo, y dividiendo su caballería en trozos, que tomaron diversos caminos, rodeó el pueblo de Chila donde se había refugiado el mariscal independiente con algunos dispersos. Después de una porfiada resistencia Bravo se entregó prisionero en el curato. Lamadrid mandó fusilar en el acto al coronel don Zenón Valdés, al sargento mayor Herrera y á otros muchos. También fué pasado por las armas el cura de Ocuituco, don José Antonio Valdivieso, que se había unido á Morelos cuando á la salida de Cuautla pasó por su curato [1].

[1] «El cura Valdivieso, dice Alamán, se unió á Morelos temeroso de ser maltratado por la tropa que perseguía á este jefe, pero, aunque desde entonces permaneció entre los insurgentes, no había tenido otra ocupación que el servicio de su ministerio. Se le dió muerte sin formalidad ninguna de causa, ni aun intimación de sentencia, fusi-

Bravo fué conducido á Puebla, habiéndole asegurado Lamadrid que sería respetada su vida. El comandante general Díaz de Ortega, no haciendo aprecio de la promesa de su subalterno, sometió al prisionero á un consejo de guerra que lo juzgó y sentenció á sufrir la pena capital. Esta se efectuó el 15 de abril de 1814, en el paseo público de aquella ciudad, en el sitio que la gratitud nacional ha señalado con un monumento conmemorativo. Bravo subió al cadalso, cerca de dos años después que su hermano don Leonardo, inmolado en la capital del vireinato, y su muerte coronó dignamente su patriótica y valerosa constancia [1].

«Después de la prisión de Bravo, dice Alamán, ocurrieron á solicitar el indulto muchos de los pueblos que tenía bajo sus órdenes, entre otros el de Olinalá con su cura á la cabeza, presentando como mérito para obtener el perdón, al capitán Paredes, que había tenido en agitación el partido de Jonacatepec y fué pasado por las armas. Lamadrid, habiendo recibido en Tlapa un refuerzo de doscientos hombres despachados por Armijo desde Chilapa, dejó en aquel pueblo un fuerte destacamento, mandando levantar, como en todas partes se hacía, una compañía de *patriotas*, con lo que se aumentaban las fuerzas del ejército real, auxiliando aquéllos con mucha utilidad en todas las operaciones de la campaña.»

Entretanto que don Miguel Bravo luchaba valerosamente al sur de Izúcar y perdía su libertad y luego la vida, sucesos de grande importancia ocurrieron en la zona de Acapulco. Hemos visto á Morelos dirigirse á ese puerto después de haber hecho dimisión del mando político ante el Congreso. Seguido de don Hermenegildo y don Pablo Galeana, entró en Acapulco ocupándose desde luego en desmantelar la fortaleza, inutilizar los cañones de grueso calibre que en ella había é incendiar las cureñas, puertas y toda la obra de mampostería. La llegada de Armijo al Aguacatillo el 11 de abril le obligó á salir violentamente del puerto retirándose al campo atrincherado del Veladero.

El jefe realista que acabamos de nombrar, ascendido á coronel en premio de los importantes servicios que había hecho á la causa del rey, después de ocupar algunos días á Chilpancingo y de establecer sus comunicaciones con la capital, se puso en marcha el 2 de abril en dirección á Acapulco. Sus tropas, que ascendían á mil quinientos hombres, estaban formadas de los batallones de Fernando VII, Santo Domingo, voluntarios de Cataluña y del Sur y piquetes de la Corona, y algunas fuerzas de caballería, entre las que tenía primer lugar el escuadrón de Fieles del Potosí á las órdenes de Miota. Ningún obstáculo serio halló la división realista en su marcha hacia el Sur, pues el destacamento que los independientes tenían situado en la cumbre del Peregrino se retiró al aproximarse la vanguardia de Armijo al mando del teniente coronel Fernández de Avilés. El 11 de abril, como antes dijimos, llegó el jefe español al Aguacatillo, y dejando en este punto al mismo Avilés en observación del cerro del Veladero, se dirigió al día siguiente á Acapulco con cuatrocientos hombres de caballería é infantería. Antes de retirarse, Morelos dispuso que se quemase la gran cantidad de cacao de Guayaquil que se hallaba almacenado en el puerto.

Dueño Armijo de la plaza, incendiada en su mayor parte, ordenó que una partida de sus tropas reconociese desde las alturas fronterizas al Veladero los puntos fortificados de los independientes, para fijar su plan de ataque, «y mientras esto se efectuaba, dice un historiador, recorrió aquellas inmediaciones, en las que encontró, en el sitio llamado *la Quebrada*, los cadáveres y la sangre, fresca aún, de veintiún prisioneros de los batallones de Asturias y Fernando VII, que Morelos había mandado degollar al retirarse; otros cinco tuvieron igual suerte en el hospital, y treinta y cuatro en una barranca inmediata llamada la *Poza de los Dragos*... El capitán de Asturias Longoria, con algunos soldados de ese cuerpo, logró evadirse del castillo algunos días antes y se puso en salvo, reuniéndose á Armijo en Tixtla [1].»

Morelos no creyó conveniente permanecer en el Veladero, y dejando en este punto á don Hermenegildo Galeana y al coronel don Juan Alvarez en dos sitios fortificados, el *Bejuco* y el *Pié de la Cuesta*, se dirigió á Tecpan donde mandó pasar por las armas á cuarenta y dos prisioneros, en represalias del fusilamiento de su lugarteniente Matamoros. Resuelto Armijo á perseguirlo salió de Acapulco el 15 de abril, destacando en Tixtlancingo al teniente coronel Avilés con instrucciones de vigilar al Veladero. Atacó luego las posiciones fortificadas del *Bejuco* y *Pié de la Cuesta*, que ocupó sucesivamente tras una corta resistencia del jefe independiente don Juan Álvarez, quien se retiró en desorden á los montes de Coyuca. Siguió Armijo en persecución de los fugitivos, no obstante la fatiga de sus tropas y el calor sofocante de aquellas abrasadas regiones, y después de atravesar varias lagunas, con el agua al pecho, llegó á

lándolo por la noche en lo interior de la casa del cura en la que fué cogido Bravo.» Véase también *Cuadro histórico* de Bustamante, tomo III, pág. 98, edición de 1844.

[1] «Bravo en su prisión se comportó con la dignidad que lo caracterizaba: su presencia imponía respeto; su educación era finísima: sus modales parecían de un caballero de corte; su corazón, inocente y sincero, estaba de acuerdo con su boca y con su pluma: jamás dió motivo á la maledicencia para que osase calúmniarlo ni deturpase su reputación; murió fusilado la mañana del 15 de abril del mismo año de 1814, y se le sepultó en la parroquia de San Marcos de Puebla, habiendo hecho testamento antes de fallecer. Declarado benemérito de la patria por el Congreso general de la nación, se solicitaron sus huesos para unirlos á los de los otros héroes y esparcir sobre ellos flores y lágrimas de gratitud; pero no se hallaron, porque el pavimento de la iglesia se había removido para mejorarlo.» — BUSTAMANTE. —*Cuadro histórico*, tomo III, pág. 98, edición de 1844.

[1] ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo III, pág. 66. — Véase también á Bustamante, *Cuadro histórico*, tomo III, pág. 73, edición de 1844.

Coyuca el 16 de abril, sorprendiendo allí un convoy de víveres que enviaba el intendente de Tecpan, don Ignacio Ayala, á los defensores del Veladero.

Desde Coyuca destacó Armijo una tropa de ciento treinta hombres al mando de Miota con la misión de sorprender á Morelos en Tecpan; pero éste había salido ya de aquel pueblo retirándose á Petatlán y de allí siguió avanzando á lo largo de la costa con la intención de llegar hasta Zacatula, punto cercano á los confines de Michoacán, donde le sería más fácil organizar nuevos elementos de guerra. Miota se detuvo en Petatlán convencido de que era imposible continuar con probabilidades de éxito la persecución que se le había ordenado. En aquel lugar aprisionó á don Ignacio Ayala, intendente de la provincia, que le fué entregado por el presbítero don Joaquín Lacunza, don Jacinto Victoria y don José Eduardo Cabadas, tránsfuga este último de las filas de la revolución y que se había convertido en ardiente partidario de los dominadores. Ayala fué enviado á México y el virey dispuso que se le llevase á Tixtla para ser fusilado, lo cual se efectuó [1]. Miota volvió luego á unirse con Armijo dejando organizadas las compañías de *patriotas* en los lugares que acababa de recorrer.

Quedaba por reducir la posición del Veladero, ilustrada ya por tantos combates y por el valor de Morelos, Ávila y otros muchos que allí sostuvieran con tanta honra la bandera de la revolución. Galeana había recibido la misión de conservarla, y Armijo, comprendiendo la necesidad de apoderarse de tan ventajoso punto, hizo marchar todas sus fuerzas con orden de ceñir por todo viento las fortificaciones contrarias, alzadas sobre un grupo de erguidas montañas cuyos fuegos se sostenían unos por otros. Las tropas independientes, así circunvaladas desde 20 de abril por las de Armijo, hubieron de sentir á poco los horrores del hambre, pues cada soldado no recibía para su sustento más que un plátano diario. A pesar de esto, resistieron valientemente los ataques repetidos de los soldados del rey, y su jefe Galeana desdeñó contestar á los ofrecimientos de indulto que le enviaba Armijo. Éste, resuelto entonces á forzar las posiciones del Veladero, dispuso que en la tarde del 5 de mayo avanzase el capitán Ocampo con el batallón de Fernando VII y parte del Mixto por la montaña en cuya cumbre se alzaba el fortín de San Cristóbal que dominaba los demás baluartes. La marcha del jefe realista fué observada por los independientes que le dirigieron nutridísimo fuego, pero aquél lo arrostró con valor imperturbable, y después de subir la peligrosa ladera atacó y tomó, durante la noche, el fortín de San Cristóbal. Galeana, con los restos de la guarnición, desocupó las otras fortificaciones y se retiró, á través de los bosques, hasta el pueblo de Cacahuatepec [1].

A la mañana siguiente las tropas del rey ocupaban todas las posiciones del Veladero y se apoderaban de la artillería, municiones y pertrechos de los insurgentes. También cayeron en su poder algunos prisioneros, que fueron fusilados en el acto de su aprehensión. «Este ha sido, decía Armijo en su parte, el fin del decantado Veladero, cuyas casas y fortificaciones he mandado destruir y entregar á las llamas, para que no quede más que vestigio de que existió.» Pero el jefe español omitía consignar el reducido número de los que habían defendido la posición durante muchos días, sin esperanzas de auxilio, luchando con el hambre más que contra sus disciplinados batallones, y que, rompiendo el cerco de hierro y fuego que los envolvía, se retiraban dispuestos á continuar la lucha por la independencia.

Mientras que en el primer tercio de 1814 las tropas reales triunfaban en el Sur reconquistando rápidamente lo que habían perdido desde fines de 1811, innumerables choques ocurrían en las provincias centrales, y sería tediosa é inútil tarea describirlos menudamente, pues ninguno de ellos produjo resultados decisivos. En la vasta intendencia de México, hacia el rumbo del noreste, hubieron de sufrir los realistas continuados ataques del diligente Osorno, quien, saliendo de Zacatlán al frente de sus veloces guerrilleros, los guiaba hasta Pachuca y Tulancingo. El 25 de febrero desbarataba cerca de este último lugar una compañía del batallón Fijo de Veracruz mandada por el teniente don José del Toro, quedando éste muerto sobre el campo de batalla. Al día siguiente presentábase Osorno ante Tulancingo, y después de enviar una intimación al comandante de la plaza don Francisco de las Piedras [2], situó sus tropas en una altura que domina á la población, sosteniendo durante tres horas un vivo tiroteo, del que murió un sobrino suyo, y que hizo cesar á las cinco de la tarde, retirándose á su cuartel general de Zacatlán. Nuevas correrías de este jefe por los llanos de Apám burlaron las expediciones enviadas en su contra á las órdenes de Conti, Barradas y Llorente, obligando al gobierno vireinal á formar una gruesa división que operase en aquel distrito, poniendo á su cabeza al coronel Márquez Donayo, jefe reputado y valiente del batallón de Lovera.

La entrada del coronel don Melchor Alvarez en Oaxaca no había impedido la reunión de nuevas partidas insurgentes en la fértil y quebrada Mixteca, de las

[1] Alamán dice de Ayala «que no se había descuidado en hacerse de dinero, por lo que Morelos lo había privado de la intendencia en castigo de sus depredaciones, y que se le cogieron cosa de veinte mil pesos en reales y porción de plata labrada.» Bustamante afirma que estaba de acuerdo con Armijo, pero que éste ordenó su aprehensión y *que lo entregaron* Lacunza, Victoria y Cabadas. Es de notarse la contradicción en que incurre este historiador al decir que Ayala fué preso por orden de Armijo y que lo *entregaron* los individuos ya citados. Victoria y Cabadas fueron fusilados poco después por el oficial Mongoy, de orden de Morelos.

[1] Bustamante asienta que la desocupación del Veladero por Galeana se efectuó durante la noche del 2 de mayo. Nosotros hemos fijado la fecha que asigna Armijo en su parte oficial.

[2] Véase en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo V, pág. 293, y en el *Cuadro histórico* de Bustamante, tomo III, pág. 23.

cuales procedían, unas de la misma provincia de Oàxaca, y otras de la vecina Puebla. Mandábalas el coronel don José Herrera, y poco tardaron en hacerse dueñas de Tlaxiaco con la intención manifiesta de interrumpir las comunicaciones entre Puebla y las tropas de Alvarez. Este destinó entonces á aquel rumbo al teniente coronel don Manuel Obeso á la cabeza de algunas compañías del batallón de Saboya y del regimiento de San Carlos, con las que entró el 24 de abril en Tlaxiaco, desocupado por los independientes de Herrera, que se situaron en el cerro del *Coyote*. Siguióles Obeso y los desbarató fácilmente, pues el proyecto de Herrera consistía en atraer al enemigo á un punto dispuesto de antemano para resistir con éxito. Cuatro días más tarde, el 29 de abril, el jefe realista, cuya fuerza se había aumentado con una sección del batallón de Lovera y con los *patriotas* de Teposcolula, marchaba á paso de ataque contra los independientes situados en el *Cerro Encantado*, áspera eminencia, aunque no muy elevada, que se encuentra al oriente de Tlaxiaco. Obeso repartió su infantería en cuatro columnas, y mandó que la caballería quedase tendida en la llanura para impedir que los contrarios se dirigiesen en su fuga por el camino de la Magdalena.

«Los americanos, dice el autor del *Cuadro histórico*, observaron con serenidad las disposiciones del teniente coronel realista; pero no bien comenzaban á subir sus cuatro columnas, cuando hé aquí desprendida tanta lluvia de piedras y cantos enormes, mezclados con algún fuego, que en breves momentos quedaron arrollados y heridos doscientos diez soldados y diez y nueve muertos. Con igual celeridad siguió la dispersión hasta Teposcolula, donde pudieron reunirse, bien que llenos de un terror pánico que les duró por muchos días [1].»

Don Ramón Rayón, á quien hemos visto derrotado en Puruarán juntamente con el insigne Matamoros, se retiró después de aquella fatal jornada á la sierra de Zitácuaro Perseguido de cerca por los realistas Aguirre y Guardamino, pudo, á fuerza de astucia y vigilancia, esquivar un encuentro con aquéllos que de seguro hubiera producido su completa destrucción. Siempre activo y fecundo en recursos, halló modo de proveerse de los más indispensables elementos de guerra, sacando partido de todos los medios que la casualidad le presentaba [2].

Errante por los bosques y barrancos de Jungapeo fabricó pólvora y logró reparar los fusiles de sus pocos soldados; pasando luego á Sultepec elaboró municiones, aprovechando para ello el techo de plomo de una vieja capilla; y empujado por la sección de tropas al mando de Aguirre se vió obligado á retirarse hasta el cerro de Cóporo en los primeros días del mes de abril.

Otra división destacada del ejército del Norte, puesto á las órdenes de Llano, persiguió tenazmente al mariscal de los independientes don Benedicto López, que no teniendo más que pequeñas partidas de indios desarmados, huyó constantemente del coronel don José Antonio Andrade, jefe de la división que hemos citado. Durante el mes de abril, éste recorrió gran parte de la provincia de Valladolid, dejando á su paso una huella de sangre, pues multiplicaba los fusilamientos, daba tormento á los prisioneros y arrebataba de sus hogares á familias enteras. «Al aproximarse este jefe á las poblaciones, dice Alamán, huían despavoridos todos los hombres, llenos de terror por las ejecuciones que ordenaba, lo que hizo que publicase un bando en Zacapo imponiendo por castigo la prisión de las familias é incendio de las casas de los que huyesen, y que á su vuelta, si no encontraba enmienda, arrasaría el pueblo; y en el de Erongarícuaro, con el mismo motivo, amenazó que quintaría las casas del pueblo en bienes y familias, en ejecución de lo cual, á su regreso á Zacapo, mandó conducir á Valladolid las que allí encontró de varios de los jefes.»

Este sistema de exterminio era fielmente observado por casi todos los comandantes realistas en cumplimiento de las órdenes del inflexible Calleja, que había dispuesto el fusilamiento de todos los que fuesen aprehendidos con las armas en la mano. El carácter feroz y el hábito de derramar sangre de muchos de esos jefes extremaban las crueles disposiciones del virey y cada uno de ellos disponía á su antojo de la vida y bienes de los ciudadanos. Asombro producen en el ánimo las *Gacetas* de aquel tiempo henchidas de partes oficiales en que los coman-

[1] *Cuadro histórico*, tomo III, pág. 288. — Alamán sigue en esta parte la relación de Bustamante, pero calla la pérdida sufrida por las tropas del teniente coronel Obeso. En la nota que puso al pié de la página en que habla de este encuentro, dice lo siguiente: «Nada de esta acción se halla en las *Gacetas* del gobierno, *en las que siempre se omitían los sucesos adversos*.» Esta declaración merece tanto más tenerse presente, cuanto que aquel historiador funda casi siempre sus afirmaciones en los partes oficiales publicados por el gobierno vireinal en las *Gacetas*.» (*Historia de México*, tomo IV, pág. 110).

[2] «Carecía de municiones, y para proporcionarse salitre, quiso penetrar en el interior de una cueva cuya boca había descubierto al pié de un árbol en la barranca de Jungapeo, pero lo detuvo un gran ruido que se oía dentro de ella: vuelto al intento con los preparativos necesarios de instrumentos y luces, salió de ella de golpe una prodigiosa cantidad de murciélagos, inmemoriales habitantes de aquel subterráneo, que era de una extensión tal que podían alojarse en él cómodamente más de dos mil hombres, sosteniendo su techo las cristalizadas estalactitas, que la destilación de las aguas había hecho concretarse en forma de columnas, y cubierto su suelo por un depósito de más de media vara de estiércol de los murciélagos acopiado en siglos, que era para Rayón un material el más oportuno para fabricar abundancia de salitre. De plomo se proveyó destechando una capilla ó sala del convento de dieguinos de Sultepec, cubierta con aquel metal, en lugar del cual puso tejamanil, y con estos auxilios trabajaba con su acostumbrado empeño en fundir artillería y elaborar municiones, cuando fué obligado á abandonar aquel ventajoso punto por la llegada del teniente coronel don Matías de Aguirre, destinado por Llano, con una división de cuatrocientos hombres, á perseguir á los insurgentes al N. E. de Valladolid. Aguirre halló en la caverna establecidos ocho fraguas y todo el aparato de una maestranza para fábrica de fusiles; habiéndose detenido á destruirlo, siguió recorriendo toda aquella serranía desde 21 á 28 de marzo, entrando en Zitácuaro, donde no encontró más que veinticinco mujeres, por haberse puesto en salvo todos los habitantes, y volvió al cuartel general de Maravatío, sin haber tenido encuentro alguno de importancia.» (ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo IV, página 120). — Véase *Cuadro histórico*, de Bustamante, cuya relación sigue Alamán, tomo III, págs. 115 y 116.

dantes de tropas realistas anuncian invariablemente el fusilamiento de los prisioneros insurgentes. Los coroneles Ordóñez y Concha en la zona de Toluca; Llano y Andrade en Michoacán; Hevia en Veracruz y Puebla; Cruz y sus tenientes en Jalisco, y otros cien de menos renombre ordenaban incontables fusilamientos, y en los diarios de sus operaciones siempre se hallan consignadas las más atroces matanzas.

Emulaba á todos esos hombres feroces el coronel don Agustín de Iturbide, quien había recibido en premio por sus distinguidos servicios el mando militar de la provincia de Guanajuato, y que situó en Irapuato su cuartel general. Con grande actividad organizó la defensa de algunos pueblos y batió á las partidas de independientes acaudilladas por el padre Torres, Tovar y don Rafael Rayón, ahuyentando de la provincia á los *Pachones* [1], que tuvieron á gran fortuna escapar á la inmediata de San Luis Potosí. Pero inexorable para con los prisioneros, á ninguno de los que caían en sus manos perdonaba la vida. Ni el sexo débil se eximía de esta terrible pena, y en prueba de ello, dice el historiador Alamán, que algunos meses después de la época á que hemos llegado en nuestra historia, Iturbide participaba al virey que en la hacienda de Villela, y entre los muchos prisioneros que allí mandó que fuesen fusilados se halló María Tomasa Estévez, comisionada para seducir la tropa, y «habría sacado mucho fruto por su hermosa figura á no ser tan acendrado el patriotismo de los soldados del rey [2].»

Larga y penosa tarea sería la de seguir las huellas de sangre de este jefe, principalmente en los primeros meses de 1814, que forman uno de los más cruentos períodos de la guerra de independencia. Bástenos copiar aquí el siguiente trozo de una biografía de este hombre que llegó á encumbrarse á tan altos destinos: «En una ocasión interceptó una carta dirigida á un jefe insurgente por don Mariano Noriega, vecino distinguido de Guanajato, y con sólo esto, dió orden desde su cuartel de Irapuato para que Noriega fuese inmediatamente fusilado, como se verificó, sin que siquiera se le dijese el motivo; cuyo crimen llenó de horror á los habitantes de Guanajato. Otra vez fué hecho prisionero el padre Luna, su condiscípulo en el colegio y que había tomado partido por la insurrección. Presentado á Iturbide, éste le recibió como quien recibe á un amigo antiguo, mandó que le sirviesen chocolate y luego ordenó que lo fusilasen. Entre las innumerables ejecuciones que dispuso, se recuerda todavía con horror en Pátzcuaro la de don Bernardo Abarca, vecino pacífico y distinguido, quien no tenía más delito que haber admitido, á instancias del doctor Cos, un empleo en un regimiento de dragones que intentó levantar allí para resguardo de la población [1].»

Siniestro fué, para la eterna causa de la humanidad, este período de la guerra de independencia que se abrió con las derrotas de Valladolid y de Puruarán. Quizás fué el que produjo mayor número de víctimas inmoladas en los patíbulos, pues se calcula en más de veinticinco las personas fusiladas diariamente en todo el país [2]. Alamán llama á esta época la más sangrienta de la revolución, y sin embargo, añade que el movimiento insurreccional subsistía en toda su extensión, á pesar de las grandes ventajas alcanzadas por las armas reales, y no obstante el cambio favorable que las cosas habían tenido en la península. Pero el panegirista del poder absoluto y de la dominación española no tiene la lealtad de confesar que esta resistencia tenaz é incesante de los hijos de México y que ese su desprecio á la muerte, bajo todas las formas que entonces se ofrecía á los defensores de la independencia, eran las señales más evidentes de que toda una generación se alzaba á conquistar la libertad de la patria.

[1] Nombre que se daba á los guerrilleros Ortiz.

[2] Parte de Iturbide al virey publicado en la *Gaceta* de 1.° de octubre de 1814. — ALAMÁN. — *Historia de Méxic*o, tomo IV, página 122, edición de 1851.

[1] *Biografía de Iturbide*, por José Olmedo y Lama. (*Hombres ilustres mexicanos*, tomo IV, págs. 391 y 392 — México, 1874.

[2] ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo IV, pág. 123.